



Año II

Núm. 21

### SUMARIO

Nobles propósitos, por Amós Fuentes Calderón.—Un linco, por J. Morales de Peralta.—Nuestros cazadores: D. Antonio Candela y Díaz.—Monte de caza.—Crónicas de caza, por Erre.—Un viaje de exploración.—Recuerdos de una montería, por Manuel de Igual.—Una excursión cinegética al vedado, por Lucilo Ramírez.—Noticias.—Cazadores.—Foot-ball.

(No se devuelven los originales.)

## NOBLES PROPÓSITOS

Los trabajos de una Sociedad adherida á la nuestra.  
Encomios á un artículo.—Proyectos plausibles.

Por estimarla de verdadero interés, insertamos á continuación una carta-comunicado de la Asociación Nacional Española de Cazadores, Pescadores y Agricultores, domiciliada en Medina de Rioseco, en la que da cuenta de sus trabajos, de sus proyectos, y elogia el artículo publicado por nuestro entusiasta y distinguido colaborador D. Celestino Tejado:

«Sr. Presidente de la Sociedad General de Cazadores y Pescadores de España.

Madrid,

Considerando á esta Sociedad hermana de la que usted tan acertadamente preside, nos permitimos la libertad de dirigirle la presente carta, al mismo tiempo que le suplicamos nos perdone la molestia que podemos originarle con su lectura.

Distinguido señor y amigo nuestro: En el número 19 de la Revista de esa Asociación hemos leído, con verdadero deleite, el artículo de entrada, firmado por C. Tejado, *La caza y los cazadores*.

Como dicho plausible trabajo está inspirado en un espíritu tan sano y tan noble, algu-

nos ciudadanos más que el Sr. Tejado, por una total coincidencia de aficiones en materia de caza, sentimos los mismos anhelos que él, y por la gran satisfacción que nos produce saber que hay en la Península hombres que, á pesar de ser desconocidos y estar separados por centenares de kilómetros, sus espíritus colaboran juntos á un mismo fin, para conseguir ideales y riquezas que ennoblecen á los hombres y á toda una nación; por esto creemos un deber darnos á conocer y manifestarle nuestra adhesión.

En esta comarca hay cazadores con los mismos defectos, apatías y egoísmos que usted condena y que nosotros, no sólo condenamos, sino que les tenemos declarada guerra á muerte ó sumisión.

Estamos de acuerdo en las causas que motivan la escasez de caza en todos los campos, y convencidos de que no todo se debe dejar á la iniciativa de los Gobiernos del Estado, pues también la actividad ó inteligencia particular, con voluntad firme y decidida, puede conseguir grandes éxitos, y en cuestiones de caza los cazadores, y sólo éstos, somos bastantes, si existe voluntad para regenerarnos.

Ahora pasamos á darle á conocer lo que sin duda ignora que existe en este rincón de Castilla la Vieja.

En esta ciudad se formó hace seis años una Sociedad de cazadores y pescadores, dependiente de la constituida en la provincia (Valladolid); el número de socios con que contó



al formarse fué muy escaso en cifra, pero muy fuerte en entusiasmo é iniciativas.

Sus primeros pasos constituyeron un verdadero sacrificio pecuniario, poder sostener un guarda, y al poco tiempo de dar señales de vida se creó (por los malos aficionados) una atmósfera y una lucha en contra de esta Sociedad, que para cada asunto y para cada denuncia que se ofrecían á resolución era preciso librar una verdadera batalla, incluyendo en estas contiendas á algunos jueces municipales que entendimos, aunque con todo respeto, que oficiaban en contra nuestra.

Todo esto, lejos de proporcionarnos desalientos, nos hacía más fuertes, y el entusiasmo crecía para seguir luchando por la vida de la Sociedad, aun cuando algunos socios débiles llegaron á darse de baja. ¿Motivos de estas luchas? Pues nuestro lema INEXORABLES CON TODO EL QUE DELINQUE Y Á TODA COSTA HACER RESPETAR LAS LEYES DE CAZA Y PESCA.

Después de cuatro años de continuas disidencias, por no dejar infringir las citadas leyes ni la autoridad de los guardas, llegamos á convencer á gran parte de los enemigos de la Sociedad.

En esta actitud de prosperidad íbamos aumentando el número de socios y de guardas, mientras que en la Sociedad de la capital observábamos un decaimiento de tal magnitud que nos hicimos incompatibles, viéndonos obligados á desligarnos de la entidad provincial, formando otra nueva en esta localidad.

En efecto, como verá por los adjuntos reglamentos, le damos á conocer la existencia de esta nueva Sociedad y su vida de progreso.

Hoy posee veintiséis guardas montados, bien retribuidos y perfectamente uniformados y documentados, haciendo servicios admirables cuyo fruto estamos ya recogiendo, pues las escopetas negras de por aquí están á punto de extinguirse, y cazamos ya liebres y perdices á la proximidad de 200 metros de la población.

La lista de socios alcanza el número 1.000. La guardería rural, la reforma de la ley de Caza y alguna otra mejora necesaria, con frecuente cambio de impresiones entre las diferentes Sociedades de este ramo para llegar á un acuerdo, se hace preciso solicitarlas.

Respecto á la primera oreamos de necesidad urgente su creación, pues con lo que dejamos apuntado se supondrá lo laborioso que es organizar un diminuto ejército armado á personas que sólo por sus aficiones, ó, como pudiéramos decir, *por amor al arte*, lo están sosteniendo.

En la próxima primavera proyectamos hacer propaganda general publicando fotografías de todos los guardas, con el buen deseo de que todas las provincias nos imiten y aun nos superen en todas estas iniciativas, para lo cual solicitamos la imprescindible y valiosa influencia de su cooperación para el mejor éxito.

Repitiéndole mil perdones por tanta molestia, aprovechamos gustosos esta ocasión para ofrecernos de usted atentos y afectísimos seguros servidores.—Por la Sociedad Nacional de Cazadores, Pescadores y Agricultores,

El Vicesecretario,

AMÓS FUENTES CALDERÓN



## UN LINCE

¿Que por qué soy contrario á cazar *en ojeo*? Porque no me satisface matar la caza en esa forma. ¿Que *en ojeo* las perdices tienen que tirar en la mayoría de los casos? Eso ya lo sé yo, pero lo que nadie negará es que sobre esta forma de matar la caza, como otras varias, la que satisface al verdadero cazador es la que mató *cazando en mano*, con su perro por delante.

Hay terrenos en los cuales, por su índole especial y estructura, se hace necesario cazar por lo menos un día *en ojeo*; esto nos ocurría cuando íbamos al monte de Escalante, término de Navalagamella, provincia de Madrid, donde la excursión era de tres días: el primero y tercero cazábamos *en mano*, y el segundo día *en ojeo*. ¿Por qué? Por ser el terreno que correspondía cazar unas espesuras tan apretadas y extensas que se hacía más que difícil el ir *en mano*.

Componíamos aquella expedición cuatro compañeros, dos ya difuntos y otros dos que hemos quedado para contarlos.

Como digo anteriormente, el segundo día lo dedicábamos al ojeo; en uno de éstos vi correrse algo entre las jaras; disparé y vi en un pequeño claro del terreno un lince que, herido, trataba dificultosamente de marcharse dando tumbos; todo lo rápido que me fué posible metí en mi escopeta un cartucho de doble cero, y de un segundo disparo dejé sin vida al felino.

Al reunirnos los cazadores y comentar la poca caza que había entrado en este ojeo, el guarda y uno de los ojeadores, hombre de



edad avanzada, nos contestaron que donde estuviese el *lobo cervical* no dejaría mucha caza fuera, y me felicitaron por el gran servicio que acababa de prestar dando muerte á tan peligrosa alimaña.

Como ya era algo tarde para dar otro ojeo y la muerte del lince (gato ó lobo cervical) nos obligaba á hacer algunas consideraciones, cada cual refirió lo que había visto ú oído respecto á tan hermoso como dañino animal.

Su tamaño era de unos sesenta y cinco á setenta centímetros de alto, por ochenta y cinco á noventa de largo.

La cola, relativamente corta, con respecto á los gatos en general, tendría unos quince á veinte centímetros de longitud.

El color de su piel era bermejo manchado de negro, siendo menores estas manchas según se acercaban á los pies. Su pelo es quebradizo.

En la punta de las orejas ostenta unos penachos de color negruzco.

Recuerda sus formas á las del gato, á no ser el hocico, que lo tiene más prolongado.

De ojos grandes y saltones, con las pupilas de un verdoso amarillento y brillantes en la obscuridad.

El guarda nos dijo: «Yo sabía que andaba por el monte el lobo cervical; había visto excremento de éste; mi perra lo encontró escarbando en el terreno y dejando al descubierto el referido excremento, el que no se puede confundir con otro, por lo mezclado que sale con plumas y pelos.

»El lince esconde su excremento como los gatos.

»Como tienen estos animales tan delicado oído y una vista fina y penetrante, además de su buen olfato, no he podido sorprenderle, aunque lo he intentado.

»Pensaba poner en práctica la forma que tenían de cazarlos en El Encinar, provincia de Toledo.

»Una tarde salimos con los perros registrando peñascales, espesuras, cuevas y tejonerías; oímos latir al mastín, viendo á los tres perros que llevábamos al pie de un alto chaparro, con las cabezas erguidas mirando hacia arriba del árbol y sin dejar de gruñir y labrar. Acudimos presurosos y mi compañero, el guarda del ganado, le hizo caer en tierra de un certero balazo en la cabeza. Había que ver á los perros las dentelladas que daban al lince, que seguramente no lo hubieran efectuado al estar vivo y poder defenderse con sus fuertes colmillos y cortas y recias patas.

»Por la noche, sentados en el hogar, mi compañero me refirió que él había visto un venado muerto y medio degollado por un lince.

»Este felino ataca á la caza mayor y menor.

»Sale á cazar con preferencia por las noches; se coloca en una peña ó en una rama á poca altura, y allí espera hasta que ve pasar á su víctima, sobre la que se arroja, clavándole las uñas y los colmillos en el cuello; si es pieza de caza mayor, agarrado á su lomo le muerde sin piedad en el cuello, para irle desangrando, hasta que la res, debilitada con la pérdida de sangre y rendida, cae en tierra.

»Cuando los ataques del lince se dirigen contra algún gamo ó venado, y lo efectúa en paraje de mucho monte, éstos, ó sea el gamo ó venado, se defienden de su opresor corriendo entre la espesura y haciendo que se golpee contra la leña, hasta que atontado el felino suelta su presa.

»Es muy ágil y de gran fuerza muscular.

»Para saber dónde estuvo el lobo cervical, decía el guarda, basta con que llegue á nuestras narices el mal olor que dejan donde estuvieron encamados.

»Es una alimaña muy perjudicial; pronto limpia de caza el monte donde esté; yo creo que es la peor de todas las conocidas.

»Su aullido se parece al del lobo; algunas veces me ha engañado.

»La hembra es algo menor y tiene la cabeza más pequeña y alargada.

»El celo es en Febrero, y en Abril ya se han visto camadas, unas veces entre peñas, en cuevas naturales ó en tejonerías.

»Paren dos ó tres cervallitos y á veces cuatro, los que abren los ojos á los nueve días, amamantándolos seis semanas; á los cincuenta días de nacidos ya salen con sus padres para aprender á ser malos.

»Me he pasado, me refería mi compañero el guarda del ganado, en la sierra más de diez años y he tenido curiosidad por observar la vida y costumbres de algunos animales.»

Se llevó el lince uno de mis compañeros, regresando á la villa y corte con el pensamiento de repetir pronto otra tan fructífera expedición.

J. MORALES DE PERALTA





# Caza y Pesca

## NUESTROS CAZADORES

### D. Antonio Candela y Díaz

Uno de los cazadores que por derecho propio deben figurar en esta galería y ocupando en ella un primer puesto es D. Antonio Candela, gran entusiasta por la caza, á la que ha rendido desde su niñez un fervoroso culto; para él no existe otra pasión que la del *sport cinagético*.

Nació en Valencia y se educó en Bilbao, dedicándose desde muy niño á la caza de *chimbos*, pequeña avecilla del tamaño de ese inquieto pajarillo conocido por *mosquitero*.

Cuando pudo manejar la escopeta tuvo su primer lance cinagético.

Al saltar un seto *arma al brazo*, divisó entre la maleza un bulto del tamaño de una liebre; preparó la escopeta, afinó la puntería, oprimió el disparador, y al disiparse el humo del disparo vió con gran sorpresa que el bulto no había cambiado de posición.

—¡Lo he muerto! ¡Lo he muerto!—repetía lleno de júbilo, y al ir á recoger su víctima, vió que se trataba de un hermoso gato prendido de la cabeza por un lazo de alambre.

Sacó su primera licencia de caza el mismo

día en que contrajo primer matrimonio Don Alfonso XII, y desde entonces, y sin interrupción, la obtiene todos los años.

Hábil zapatero, ganó considerables jornales y cuando tenía reunida cantidad suficiente de dinero, dejaba el trabajo y se marchaba á los terrenos libres de Arroyomolinos, y hacía vida con los pastores de aquellos contornos hasta

que gastaba la última peseta y regresaba á Madrid.

Muy aficionado á los perros de caza, llegó á reunir cinco, con los que vivía como en familia, en una reducida habitación que tenía adquilada.

Ha cazado en las cuatro provincias que rodean la de Madrid, y siempre con escopeta española fabricada por Victor Sarasqueta que, según afirma nuestro biografiado, no existe escopeta nacional ni extranjera que pueda superar á las de esta marca.

Aunque se dedicó á cazar en terrenos libres, realizó notables excursiones á los vedados titulados Casa Blanca, Pendolero, Salobral y Arroyomolinos, entre otros varios.

Su caza favorita es la de la perdiz y agachadiza, cuyo tiro domina con verdadera maestría.

En sus frecuentes excursiones va siempre acompañado, desde hace treinta años, de su entrañable amigo D. Félix Aspe y Eguía, gran aficionado y notable tirador.

La vida cinagética de D. Antonio Candela



Fotografía J. Mena.



está llena de notables episodios y curiosas anécdotas dignas de interesante libro.

Cierta día vió que uno de sus jefes, representante de una casa inglesa, estaba examinando una partida de pólvora blanca, y nuestro biografiado le sustrajo la cantidad suficiente para un cartucho, y en la primera excursión que realizó quiso ver los efectos. Salíó una pieza, disparó sobre ella y le reventó la escopeta, causándole una lesión grave en un brazo.

Cuando los médicos le hacían la dolorosa cura, lo primero que les preguntó es si podría quedar en condiciones de continuar dedicándose á la caza, como afortunadamente así ocurrió.

Mata por pura afición y por procedimientos lícitos y no le guía la idea del lucro, el afán de hacer *un buen montón*.

Las vísperas de días festivos se dirigía á pie al cazadero, y al día siguiente de realizada la cacería regresaba en la misma forma.

Es un gran conocedor del campo y del difícil arte de cazar, posee una formidable musculatura, tiene una resistencia envidiable, una vista privilegiada y una afición muy superior á estas cualidades.

Es un buen compañero de caza y suele acompañarse de gente joven, y no se acuerda de la comida ni siente los efectos del sol de Agosto hasta que termina de cazar.

Pertenece á la Junta Directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, y siempre aporta su *granito de arena* en beneficio de los asociados.

El breve espacio de que disponemos nos impide relatar todos cuantos incidentes venatorios le ocurrieron y, por tanto, terminaremos con el más reciente, que no deja de ser curioso.

Hallábase el Sr. Candela en uno de los meses de veda del pasado año campeando sus perros en las cercanías del pueblo de Vicálvaro, cuando vió venir hacia él un globo que había salido aquella tarde del Recreo de la Castellana, y que descendía rápidamente cabeceando y poniendo en peligro la vida de las dos personas que lo tripulaban.

Pidieron éstas á grandes voces al Sr. Candela que les auxiliase sujetando una cuerda que al efecto le arrojaron y de la cual pendía el ancla.

Nuestro amigo, llevado de humanitarios sentimientos, confluendo, además, en sus enormes fuerzas, se cogió á la cuerda para prestar auxilio á los naufragos; pero hete aquí que en tales momentos una fuerte ráfaga de viento ele-

vó al globo y nuestro hombre asido á la cuerda que no pudo soltar por el peligro de caer sobre el ancla y ser destrozado.

Los tripulantes del globo, que se dieron cuenta de dicho peligro, gritaban desesperados al Sr. Candela que no se soltase.

Así colgado, gracias á sus fuertes puños, recorrió un gran trecho dando tumbos y en la agonía que es de suponer.

Por fin descendió algo el globo y pudo el señor Candela, después de un terrible golpe en el suelo, hacer pie en él y desprenderse de la cuerda.

Por fortuna no había sufrido detrimento en su grande humanidad.

Precisamente el día de la Ascensión fué cuando *ascendió* por los aires el Sr. Candela.

Á poca distancia aterrizó el aparato, y los tripulantes, que también habían escapado sin daño para sus personas, se acercaron al señor Candela y lo colmaron de elogios y gratitud.

De los dos perros que paseaba el Sr. Candela, macho y hembra, aquél siguió detrás de su amo en su improvisada y peligrosa excursión por los aires; la hembra huyó despavorida hasta llegar á su domicilio de Madrid.

Cuando los aeronautas fueron á estrecharle la mano, nuestro biografiado, en un arranque de ingenuidad, exclamó:

«Dos cosas me faltaba practicar en este mundo: volar y...» La pluma se resiste á estampar la otra hasta que el Sr. Candela la cuente como sucedido; pero le recomendamos que en la duda se abstenga de ponerla en práctica, pues está reñida con las viriles energías de un verdadero y entusiasta cazador.



## MONTE DE CAZA

Se desea arrendar un monte de caza, no muy lejos de Madrid, que pueda realizarse el viaje de ida y vuelta en el día, aunque no sea de gran cabida, porque no es para Sociedad.

Las ofertas se reciben en la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, Bolsa, núm. 10, dirigidas al director de la revista CAZA Y PESCA.







## CRÓNICAS DE CAZA

Dos anécdotas: El timo del chotacabras. La afición ante todo ó la inocencia de un cazador.

Con el comienzo de la veda terminan los asuntos para mis crónicas y he de buscar otros, así me lo ordena el Director de la Revista, en snstitución de aquéllos, empresa bastante difícil, pero que procuraré cumplir registrando mi memoria y ayudándome de la de los amigos para reseñar algunas curiosas anécdotas de caza.

Su exposición carecerá de estilo brillante y ameno porque, desgraciadamente para mí, que bien lo quisiera, no poseo dichas cualidades.

Tendrán, pues, únicamente el interés de haber sucedido tal y como las reñera, y allá van, por de pronto, las que recuerdo.

### EL TIMO DEL CHOTACABRAS

Cazaban un día varios amigos en el inolvidable coto *Campillo Monasterio* y *La Solana*.

Era por el mes de Enero de un año de grandes heladas y, por consiguiente, abundante en aves propias de esta época, como son la chocha, agachadiza, avefría, etc.

Conviene á nuestro relato advertir que chotacabras, pilasiegas, papavientos ó zumayas son aves de paso que vienen en verano y se marchan en invierno, sin que quede una ni para un remedio.

Se hallaban nuestros cazadores ascendiendo al monte de *La Solana*, por una de sus laderas, llevando la mano para girar y dar la vuelta.

Así marchaban, cuando uno de los perros

se quedó de muestra en firme, junto á un rodal de jaras.

Apercibidos de ello los dos cazadores más próximos al animal, aceleraron el paso para ponerse á tiro y poder disparar á lo que saltase. Pero, antes de llegar, voló un ave con vuelo tardo, haciendo zig-zag y echándose de nuevo á pocos pasos de donde se había levantado. El perro abandonó la muestra y se fué lejos de allí.

Los dos cazadores presenciaron la manobra, y uno de ellos preguntó al otro:

—¿Qué ha sido lo que ha volado?

El interrogado contestó en el acto:

—Un *chotacabras*.

Y se dirigió hacia el sitio en que se había posado.

De él saltó de nuevo el animal con vuelo ya más rápido y decidido, que cortó el cazador con su escopeta.

Recogió la pieza derribada, que era una hermosa chocha, y al mostrársela al compañero que le había dirigido la pregunta mencionada, exclamó éste:

—He sufrido el timo del *chotacabras*.

### LA AFICIÓN ANTE TODO, Ó LA INOCENCIA DE UN CAZADOR

Hallábanse, no ha muchos años, varios amigos cazando á ojeo las perdices, por cierto muy abundantes, en término de Copernal (*Guadalajara*).

Concurrían á esta expedición varios aficio-



nados de Madrid, y entre ellos un padre y su hijo, notables tiradores ambos.

Colocadas las escopetas en uno de los ojeos y empezado el fuego, uno de los disparos de Juanito, llamemos así al hijo antes indicado, condujo los plomos de su escopeta á larga distancia del sitio, donde se encontraba otro de los cazadores de la partida, que recibió varios plomos en su chaqueta de cuero, sin que ninguno de ellos hubiera traspasado la piel de la misma, pero dejando todos una señalita blanquísima en el sitio donde pegaron.

Alarmado el individuo que recibió este aviso, chilló con toda la fuerza de sus pulmones; acercáronse á él los demás para ver lo que ocurría, y en las explicaciones del suceso, que, como digo, no había tenido otras consecuencias que las señales casi imperceptibles de los plomos en la chaqueta de cuero, Juanito, autor del disparo, después de examinar y ver los efectos del mismo, con una inocencia paradisiaca, dirigiéndose á su padre en son de cargo, exclamó:

—¡Papá, qué poca fuerza tiene esta pólvora conque me has cargado los cartuchos! ¡Ni siquiera han traspasado los plomos la piel de la chaqueta!

ERRE



## Un viaje de exploración

K. Ch. T. se hizo á la mar.—La placidez de los mares.—K. Ch. T. se dedica á la pesca.—Aves de mal agüero.—La tempesta è vicina.—¡Rayos y centellas!... —K. Ch. T. naufraga.—¿Qué será de K. Ch. T.?

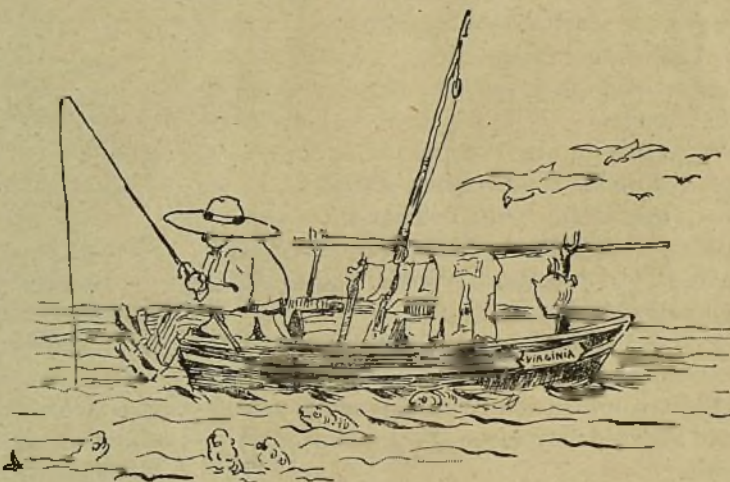
15 Enero (10,32 mañana).

Salí de Vigo, según indiqué en mi último telegrama, un día *martes y trece*. Me acompañaba *Malapata*, que era un primo de mi ex novia, y que le llamaban así porque se le encojieron los tendones del pie derecho de nn susto.

Ya en alta mar, *Malapata* me abandonó á mi suerte, puso la proa de su barquichuelo con rumbo á Vigo y yo puse la popa y me interné en el mar.

¡Qué hermosa placidez! ¡Qué dulce calma! Un purísimo cielo se reflejaba en el *azulino* cristal de aquel *titán acuoso* que disfrutaba de tranquilo sueño (el párrafo no ha podido salirme más redondito). Todo sonreía á mi alrededor, y yo también me sonreía hasta de los tan renombrados peces.

Aquella placidez, aquella calma me aburrían soberanamente, y decidí sacudir el tedio. Armé mi caña, me senté en la borda de estribor y me puse á pescar.



El cebo era succulento: sesos de merluza é hígados de percebe, y poniendo en práctica mis aficiones filarmónicas, comencé á cantar la célebre tonadilla del *Ven y ven y ven*, que hizo popular *La Goya*, famosa coupletista.

Observé entonces un fenómeno para mi desconocido: las lubinas, los salmones, acompañados de *sus hijos* los salmonetes, y bastantes calamares rodeaban mi pequeña embarcación, y en descompasados movimientos trataban como de danzar á compás de la sonata.

El espectáculo era maravilloso; salmonetes y lubinas entrelazaban sus aletas, los calamares sudaban tinta á fuerza de contorsiones, y vi que un salmón bailaba con un pulpo echando los tentáculos al aire.

En vista de que el cebo no les incitaba á la gula, comencé á repartir latigazos con la caña y logré dejar exánimes á una lubina, dos calamares y un salmonete, cuyos cadáveres recogí con la camaronera.

30 Enero (4,57 tarde).

«Con turbión de recio viento | amaneció la alborada» del quinto día de navegación (¡dirán que no hay quinto malo!). Una lluvia torrencial me obligó á abrir el paraguas y ¡ni por esas! me puse como una sopa.



Un recio huracán limpió de nubes el cielo y brilló el sol con todo su esplendor, y despojándome de la ropa que permanecía húmeda, y por temor á que se me recrudeciera el reuma que *pesqué* en las márgenes del Tajo, la colgué de las vergas de mi barco y las sustituí por otras que llevaba en el maletín de repuesto.

La lucha para capear el temporal me agotó las fuerzas, y como el mar había recobrado su *calma chicha*, me recliné sobre uno de los baúles de mi impedimenta, encendí una pipa y me puse á leer *El Cencerro*.

Al poco rato observé que varios cuervos marinos avanzaban hacia mi embarcación, y sin detener su raudo y tranquilo vuelo, al pasar, fueron arrebataando mis prendas de vestir, que continuaban colgadas de las vergas.

Protesté airadamente de aquel hurto audaz y desvergonzado y... ¡como si les hubiera contado uno de los cuentos de *Las mil y una noches*! los vi desaparecer y perderse en el espacio.

Recordé entonces que aquellas aves eran de mal agüero, que presagiaban en aquellas al-



turas en que navegaba, algún trastorno atmosférico, y preparé mi barca para posibles catástrofes.

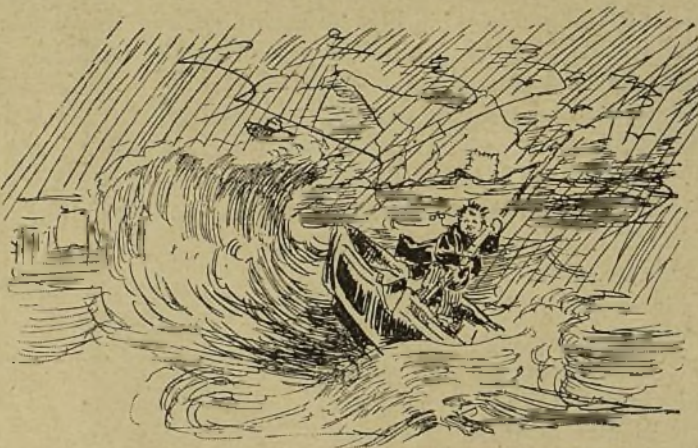
2 Febrero (10-30 noche).

Aquellas malditas aves, que me hicieron tan audaz despojo de mi vestimenta, presagiaron en efecto la borrasca.

El cielo comenzó á entoldarse con negros y espesos nubarrones; el viento soplaba con gran fuerza, y el mar, antes tranquilo, se encespó iracundo.

Rayos y centellas surcaban el espacio, el trueno tableteaba con cavernoso sonido y el mar rugía y levantaba montañas de agua.

Las vergas de mi barco se hicieron pedazos, la vela reventó al implacable azote del huracán; la lluvia caía á torrentes; perdí las gafas, perdí la serenidad, y al verme tan perdido



me agarré al palo y comencé á sortear con la cabeza las innumerables exhalaciones que caían á mi alrededor, atraídas, sin duda, por un cinturón eléctrico que llevo á la cintura.

El barco, sin rumbo y dando formidables bandazos, se defendía escalando rápido las enormes olas. Un trueno seco y aterrador, una enorme culebrina, un abismo se abre bajo mi embarcación, una ola la empuja y caemos en las profundidades del Océano, no sin antes depositar en una botella el adjunto telegrama.—K. Ch. T.

Traquilícense nuestros lectores: K. Ch. T. logró ponerse en salvo gracias á una feliz idea, pues no las tiene malas nuestro colaborador.

En un principio temimos por la suerte de nuestro amigo, y nos preguntábamos tristes y llorosos: «¿Qué será de K. Ch. T.?» Y le teníamos ya confeccionado un artículo necrológico, como último tributo de admiración y cariño.

El telegrama que ya conocen nuestros lectores, recibido de las cataratas del Niágara, nos devolvió la perdida tranquilidad, y á continuación hemos ido recibiendo detalles de su accidentado viaje, que iremos publicando.



## Recuerdos de una montería

(HISTÓRICO)

Monteábamos en Extremadura varios aficionados de Madrid, invitados por el adinerado dueño de una magnífica *dehesa*, estupendo



cazadero, lo mismo de caza menor que de mayor.

El dueño de la finca, vecino de Madrid y buen aficionado á toda clase de caza, pero con especialidad á la mayor (en la que con justo título había que reconocerle como experto montero y tirador de bala de primera línea), tenía la costumbre de hacer todos los años una larga excursión cinegética, á su citada finca de Extremadura y procuraba acompañarse de algunos invitados de la corte, con los que, después de dar unas batidas á las reses, permanecía unos días más dedicado á entresacar un poco (en ojeos) la abundantísima caza menor que la finca encerraba.

Entre los habituales invitados á esta expedición, figuraba siempre un acaudalado Marqués, que sin ser ni gran aficionado ni gran cazador, gustaba de salir al campo unos días y de quemar unos cartuchos, importándole poco las distancias ni la duración de las excursiones, siempre que el viaje fuese cómodo y se le garantizase buen alojamiento, buena cama y buena mesa; porque lo que el Marqués no admitía ni entraba en sus cálculos, era cazar soportando privaciones ni dándose otro trato, que el que usualmente acostumbraba en su palacio de Madrid.

Por lo expuesto comprenderéis, que el Marqués no asistía á muchas expediciones venatorias; cazaba poco y no era precisamente lo que entre cazadores suele llamarse una *ali-maña*, ni había peligro de que *descastase* ningún *vedado*; medianísimo tirador de *plomos*, (siempre en ojeo) limitaba sus aspiraciones al asesinato de algún que otro atrevido conejito, puesto de *bolo* al alcance de su escopeta, y en cuanto á sus *balas*, nadie recordaba haber visto ni oído, que jamás tropezaran con nada que las tiñese del rojo color de sangre, ni de otra cosa, que de la pegajosa resina de las jaras.

Como ya tengo dicho, no declinaba sin embargo el buen Marqués, ninguna invitación ni renunciaba á ninguna excursión cinegética, por distante que estuviese el cazadero, como el viaje pudiese hacerse en *sleeping*; llegado á la estación de destino, encontrase automóvil, ó cómodo carruaje para trasladarlo, con su voluminosa impedimenta al *vedado*; y luego en la casa, tuviese confortable habitación donde instalarse cómoda y desahogadamente, con sus múltiples sacos y neceseres de *toilette*, repletos de lujosos cepillos, jabones, frascos de perfumería, etc., etc., y sus abultadas maletas, atestadas de preciosos trajes cinegéticos de verdadera fantasía; pues la indu-

mentaria era el flaco del buen señor, que gozaba mucho luciendo en el campo, su bien acicalada y perfumada persona, envuelta en fantásticos y teatrales atavíos de circunstancias, *distintos todos los días*.

Así es que era de ver, cómo llegada la hora del desayuno, esperábamos todos reunidos en el comedor, la brillante entrada y deslumbradora aparición de nuestro aristocrático compañero, convertido unas veces en típico bandido calabrés, otras en flamenco salteador de Sierra Morena ó de otras regiones, y algunas, en abigarrada, caprichosa y confusa mezcla de varias de ellas; pero eso sí, dejando siempre á su paso, una profunda estela de penetrantes olores, que á algunos les mareaban y que hacían exclamar después á los ojeadores; ¡Cómo *hiede* el señor Marqués!

Nada de lo que al Marqués gustaba encontrar en sus excursiones de caza, faltaba en la citada finca de Extremadura, pues ya tengo dicho, que el anfitrión, era hombre muy adinerado y ahora debo de añadir, que á esta envidiable condición, unía la de ser muy espléndido y la de saber hacer bien las cosas y conociendo el personal que invitaba, se esmeraba con verdadero derroche, en que nada pudiese faltar de cuanto pudiese desearse; cosa difícilísima en una finca metida en el corazón de Extremadura, á larguísima distancia de población alguna de importancia y de recursos y sólo realizable, á fuerza de reunir anticipadamente muchos elementos, de llevar numeroso personal de servicio y de gastar muchísimo dinero en estas cacerías.

Pero como el dinero abundaba y no había duelo en gastarlo, días antes de la fecha prefijada para la salida de los convidados, se embarcaban en Madrid, para la finca en cuestión, carruajes, caballos y el oportuno personal de servicio, sin olvidar el indispensable cocinero del anfitrión, á quien diariamente se le remitían de Madrid, las provisiones de boca; y me parece que con estos elementos y los ya existentes en la finca, (que no eran pocos) no digo yo el Marqués, sino cualquier príncipe pudiese darse por contento y sobrado satisfecho y se comprende que aquél, no encontrara inconvenientes que impidieran su puntual y constante asistencia á estas excursiones.

Además de los invitados madrileños, concurrían los días de montería á las batidas, algunos cazadores indígenas, verdaderos *corsarios* y *escopetas negras*, gente práctica y conocedora del terreno, de las *querencias* y costumbres de las reses, cuyos servicios, así



como los de los numerosos guardas de la finca, utilizaba el propietario para la dirección de las batidas, colocación de escopetas, acompañamiento y dirección de batidores y finalmente, para cubrir *puestos, tiros y portillos* secundarios, que, aunque no fuesen las mejores, ni las más usuales *huídas* de las reses y aunque estuviesen *cargando aire*, había que tapar, pues á veces (como todo el que ha monteado sabe muy bien) las reses *saltan rebotadas, con el pico al aire* y buscan su salvación rompiendo por entre los mismos ojeadores.

Uno de estos cazadores indígenas, viejo y experto *corsario*, era siempre el director de las batidas ó *capitán de montería* y quien, previas instrucciones y oportunas indicaciones del propietario, se encargaba de la colocación



PREPARATIVOS DE MARCHA

de escopetas y de designar á cada invitado, el puesto que debiera ocupar; habidas en cuenta (por regla general) las mayores ó menores probabilidades, de *huída* de las reses por aquel sitio y las mejores ó peores condiciones de *montero y tirador*, del designado para guardarlo. Pero en ocasiones se descuidaba algo esta última consideración, (aun á riesgo de sacrificar el mejor éxito de la batida) en atención á particular indicación del propietario, en obsequio de algún invitado, por quien aquél había manifestado al *capitán postor*, interés especial en que fuese colocado en las mejores condiciones, aunque no se confiase mucho en su certera puntería.

Era nuestro citado Marqués, (por razones que no vienen ahora á cuento) uno de los que se hallaban siempre en este caso, y uno de los invitados, que á pesar de sus poquísimas condiciones *para hacer carne*, merecía invariablemente la atención, de ser colocado

en puesto preferente, con casi segura *huída* por el mismo de algunas reses. El propietario tenía grandísimo interés en obsequiarlo y en que llegara el feliz día, en que *cobrase una res* y se celebrase en la finca, su *bautismo de sangre*; y á decir verdad, no era ya solamente el propietario, sino los mismos guardas de la finca, los batidores y hasta el mismo *capitán postor*, los interesados en este asunto; pues todos tenían la seguridad de una espléndida gratificación, el día que tal cosa ocurriese y el Marqués se *estrenase*, pues de todos eran conocidas las ansias del buen señor, de apuntarse este éxito, después de haber concurrido á tantas monterías, haber tirado tantas reses en ellas y no haber logrado nunca *corlar pelo*.

Apuntados ya estos necesarios antecedentes, para el final desenlace de esta deshilvanada crónica, séale permitido al narrador una pequeña digresión, que entiende no ha de resultar ociosa, sino que más bien contribuirá, á la mejor y más clara explicación de lo que aún falta por contar.

Es Extremadura una de las regiones de España, en que la caza (especialmente la mayor) abunda más, y sin duda por esta misma razón, abundan más los cazadores y sobre todo los *monteros*. Lo montuoso, abrupto y poco poblado de aquella extensa región, consiente aun en los montes de propios de los pueblos y en las tierras y terrenos libres pertenecientes al Estado, la existencia de bastante caza, sobre todo mayor, para sostener la afición entre los habitantes de aquellos poblados y para permitirles dedicarse á ella, y que la caza en general y la montería en particular, no resulten placeres monopolizados por los ricos y reservados exclusivamente á los grandes propietarios, dueños de vastos latifundios.

Con este motivo, es grandísimo el número de buenos aficionados á *montear*, que se encuentran en aquellos pueblecillos y grande la facilidad de tropezar entre ellos, con inteligentes y desinteresados auxiliares para una montería, para quienes lo de menos, es el jornal ó gratificación que puedan percibir por sus servicios, ante el placer tan grande que experimentan, con poder presenciar los lances de una batida.

Es curioso ver la pasión y entusiasmo, que por esta clase de caza sienten los extremeños; la solicitud con que se prestan á desempeñar cualquier misión ú ocupación relacionada con la montería; el interés que se toman por el buen resultado de la misma; la atención y el



placer con que siguen todos sus lances; cómo se identifican con los cazadores y el entusiasmo y la alegría que les produce, el éxito de un tiro, la muerte de una res, y por el contrario, la decepción y el desconsuelo que les causa, el fracaso y el ver errar y escaparse una *pieza*, y á veces, hasta el furor y coraje que se apodera de ellos en este último caso: llegando en ocasiones á hacerles cometer inconveniencias, que pueden proporcionarles serios disgustos, como ocurrió á uno de ellos, en el caso que os quiero contar.

Éramos sólo siete, los cazadores expedicionarios procedentes de Madrid, incluyendo en este número, al propietario del coto; el número era en verdad escaso, para poder guardar bien las *huidas*, *carreras* y *pasos* de ninguna *mancha*, por reducida que ésta fuese; pero después de lo dicho anteriormente, ya comprenderéis que no podía ofrecernos serias dificultades, el aumentar hasta veinte ó treinta el número de escopetas, si así lo deseábamos ó lo juzgábamos conveniente; porque lo que allí sobraba entre los indígenas, eran escopetas á propósito para el caso y ¡buenas de verdad!

Cazadores y monteros eran todos los guardas de la finca, como reclutados en su mayoría, (por medida de acertada política y fina diplomacia) entre los antiguos *corsarios dañadores* de la finca, que vivían de su escopeta por aquellos alrededores; cazadores eran todos los batidores que llevábamos; cazadores, á no dudar, los podenqueros y hasta los burreros de la recua que nos acompañaba, encargados de las caballerías y del transporte de provisiones, etc., etc.; porque en aquellos breñales, ¿quién ignora lo que es un *aguardo* en épocas de bellota, y quién no ha procurado tirar un cochino en los *bañaderos*?

Reunidas, pues unas veinte escopetas, con algunos convidados indígenas y sin contar guardas ni batidores y con escaso número de perros, pues no disponíamos más que de cinco *colleras*, aunque eran todas buenas, nos preparamos para la primera batida. El *capitán* ó *postor*, teniendo en cuenta el aire, el terreno, etc., etc., fué colocando debidamente las escopetas y dejó al Marqués, al cuidado de un soberbio *portillo*, en todo lo alto de la *mancha* que se iba á *batir*; portillo de paso obligado y estrecho, flanqueado en sus costados por inaccesibles *canchales*, con una magnífica *plaza* para *tiradero* y de esos en que materialmente tienen que *atropellar* las reses al cazador, para poder salir del *atolladero*.

Colocado bien oculto por espesa madro-

ña, (de altura proporcionada para cubrirle bien estando sentado y para permitirle dominar mucho terreno y tirar con desahogo, una vez puesto de pie) se hallaba nuestro Marqués, cómodamente instalado en su silla de tijera, en espera de los lances que pudiera ofrecerle la *batida*, y trajeado de irreprochable manera, verdaderamente imponente para tropezárselo en un camino solitario y para entregarle la bolsa, aun antes de que la pidiera.

Por exigirle así las condiciones del terreno que *monteábamos* aquella mañana, formábamos las escopetas una herradura incompleta y estábamos colocados, de alto en bajo de la *umbria* de una sierra, cuya *solana* pertenecía ya á otra finca, y las *huidas* de aquélla para



GRUPO DE MONTEROS

ésta, quedaban cubiertas por las escopetas colocadas en lo alto, entre ellas la del Marqués y resultábamos situados en tal forma, que todos nos veíamos perfectamente por estar tendidos repito, de alto en bajo y no tener la leña del monte, mucha altura por aquella parte, permitiendo esta feliz casualidad, que cualquier lance que pudiera ocurrir á cualquiera de los cazadores, pudiese ser apreciado y disfrutado por todos los demás; grandísima ventaja, muy de apreciar en esta clase de cacerías, en que la mayor parte de los que asisten á ellas, no tienen ocasión de tirar y es una gran compensación, poder disfrutar algo de la suerte de los más afortunados.

Se nos habían dado por el *capitán* las oportunas instrucciones y se nos había indicado como punto de reunión para la comida, una vez terminada la *mancha*, la cumbre de la sierra, precisamente el sitio donde estaba el *portillo* que guardada el Marqués, que era la última escopeta; punto que dominaba mucho y que veíamos perfectamente, tanto los cazadores que quedaban en el centro, como las últi-



mas escopetas que *morian* en el valle y que, si querían comer, llegada la hora, tenían que empezar por echarse al cuerpo, á guisa de encurtido ó de aperitivo, aquella soberbia *pechuga*, por una vereda de no muy cómodo acceso.

La mañana estaba espléndida; la *mancha* que *batíamos* era *querenciosa*, sobre todo para *ganado cervuno*; siempre, en años anteriores, nos había dado excelente resultado y sin embargo, el día no parecía presentarse de fortuna, pues á poco de colocarnos con el viento en la cara, éste cambió repentinamente para azotarnos las espaldas, sin haber ya posible remedio para tan desagradable contratiempo.

Llevábamos ya cerca de dos horas de espera, sin que ningún ruido ni ningún incidente hubiese venido á turbar el silencio y la tranquilidad que reinaba en la sierra; empezábamos á estar intranquilos, pues la *mancha* sabíamos que no era muy extensa y que podía calcularse en dos horas y media, tres á lo sumo, el tiempo necesario para que los batidores hiciesen su recorrido; había ya motivos sobrados para empezar á dudar del resultado.

Transcurrió media hora más sin novedad alguna y se empezaron á oír ladridos sueltos y aislados de los perros y lejanas voces de los ojeadores; unos minutos más y dos siluetas se destacaron, una en todo lo alto por el *acirate* de la sierra y otra abajo, en la linde de ésta con el valle; no cabía duda alguna, eran los dos guardas que hacían de *puntas ó gutas*, en los dos extremos del ala de batidores y que siempre llegan un poco adelantados; instantes después teníamos á la vista (cuatrocientos metros delante de nosotros) la columna completa de monteadores.

Golpe en vago, tiempo perdido; todos lo comprendimos así y nos pusimos en movimiento para el punto de reunión designado; las escopetas altas lentamente, porque tenían poco que andar; las del centro con mayor diligencia y las últimas de la linde del valle á toda prisa, porque teníamos que subir todo el repecho para reunirnos con nuestros compañeros; así es que una vez recogidos asientos, capotes de monte, etc., etc., y descargadas y al hombro las escopetas, emprendimos la penosa ascensión, mientras tanto que los batidores, rendidos y desanimados, pero aún firmes en sus puestos y conservando las debidas distancias entre sí, tomaban un resuello y presenciaban nuestra ascensión y nuestro desfile.

De pronto, saliendo de un *rodal* de espesas madroñas, oímos la llamada de un perro... Un

conejo, pensamos... y continuamos subiendo. El perro insiste, acuden sus compañeros y ya no es un ladrido, sino una serie de ellos, furiosa, continuada y de repente, estentórea y emocionada una voz que grita: «¡Ahí va el venado!» Todos quedamos como petrificados, clavados en el sitio en que nos ha sorprendido aquella alarmante voz; todas las miradas convergen hacia el lugar de donde la exclamación ha partido; el hecho es cierto, un hermoso venado de muchas *puntas*, acaba de saltar de un grupo de madroñas, en donde estaba *encamado* y oculto é indeciso sobre el camino que ha de tomar, se defiende de los perros dando prodigiosos saltos en el centro de la *mancha*, sin atreverse á romper en ninguna dirección.

¡Momento terrible, de general confusión y aceleramiento! Las escopetas altas, que no han abandonado sus tiros, se ocultan rápidamente preparando sus armas; las escopetas bajas y las del centro, unas tratan de ganar apresuradamente sus abandonados puestos; otras, calculando que la perentoriedad del tiempo no da lugar para esta maniobra, procuran cubrirse bien, con la primera mata que la casualidad les depara á mano; las más se *aplastan* en el suelo, procurando á ser posible incrustarse en él, para disimular su presencia y todas procuran colocarse en las mejores condiciones para tirar la res, si la suerte les depara que rompa por donde están.

Entre tanto los batidores, unos haciendo salvas con sus escopetas, otros blandiendo en alto sus enormes garrotes y moviendo los brazos incesantemente como aspas de molino, encaramados sobre las piedras y *canchos* más elevados, que han encontrado en su camino para hacerse más visibles, gritan como desesperados, armando ensordecedora algarabía, tratando con aquel formidable estrépito, de obligar al aterrado venado á romper sobre la línea de escopetas.

El pobre animal, acosado por los perros, parece darse cuenta exacta de su precaria situación: á su izquierda la línea de ojeadores, aturdiéndole con su atronador vocerío y fieros ademanes; á su derecha la *armada* de escopetas, cuya presencia ha tenido ocasión de contrastar, no sólo por su fino olfato y delicado oído, sino por haberlos visto moverse de los puestos, levantarse, correr y ocultarse nuevamente, tratando de disimularse ante su vista; abajo la llanura, el valle, que si le brinda ancho campo para correr, en cambio sabe que para él está preñado de peligros; su única, su relativa salvación está allá arriba; la



sierra, con sus abruptos *canchales*, con sus altos *rodales* de espesísima maleza, con sus pasos y portillos, son sus únicos recursos para ocultarse ó para huir.

Indudablemente ha debido comprenderlo así el venado, porque después de sortear hábilmente por unos instantes los ataques de los perros, arranca resueltamente monte arriba y todos podemos verle encaminarse como una flecha al portillo del Marqués, como podemos ver á éste, ocultarse rápidamente tras de su madroña.



Sube la res á buen paso, pero sin *tenderse*; inquieta, recelosa, parándose algunas veces, escudriñándolo todo y procurando mantenerse en el centro del terreno, equidistante de las dos líneas de *escopetas* y *batidores*; precipitando su marcha cuando pasa al frente de un batidor ó de una escopeta mal cubierta, pero siempre recta al portillo que el Marqués guarda.

¡Instantes supremos! Los montadores emocionados han enmudecido; nadie habla... nadie se mueve... todos, con la vista fija en el portillo, no pestañeamos, casi no respiramos... pero no... digo mal, miento... una voz, una sola voz se oye, que lenta, cadenciosa, casi automáticamente repite: «¡Ahí va, señor Marqués! ¡Ahí va, señor Marqués! ¡Ahí va señor Marqués!» Voz extraña, sigilosa, graduada,

en que se adivina la intención de ser oída por la persona á quien se dirige y el deseo de que nadie más se percate de ella y el temor de cambiar la dirección del venado.

Instintivamente todas las miradas buscan en la dirección de aquella inoportuna voz: es Higinio, el guarda mayor de la finca, que encaramado en alto *cancho*, encorvado, anhelante, poseído de la mayor emoción y presa de notoria excitación nerviosa, sin darse indudablemente cuenta de lo que hace, advierte innecesaria y acaso inconvenientemente al Marqués, del lance que le espera.

¡Entre tanto, el venado sube... sube... sigue subiendo... Ya llega á la meta de sus deseos... Unos cuantos saltos más y habrá alcanzado el anhelado portillo y con él la deseada libertad... ¡Momentos de terrible ansiedad! ¡Nuestros corazones laten precipitadamente!... Un

mundo de impresiones y de ideas se agolpan y atropellan, saltando en desordenada batuda en nuestra mente. ¡La voz de Higinio ha enmudecido!

Tras la madroña que le oculta, vemos erigirse y destacarse airosa la figura del Marqués, con la *escopeta en la cara*... El venado, sorprendido, da un prodigioso salto de costado... quédase un instante perplejo, vacilante... pero repuesto de su asombro y atropellando por todo, continúa lanzado ya á todo tren, su interrumpida marcha. ¡Dos fogonazos! ¡Dos detonaciones! ¡Unas espirales de humo! ¡El venado ha desaparecido de nuestra vista! ¿Ha caído?... ¿Está muerto, mal herido, ha logrado escapar? Nuevos momentos de intranquilidad y de duda, de que viene á sacarnos nuevamente la voz de Higinio, que estridente,



rajante, flagelante, ahíta de suprema indignación venatoria, grito colérica: *Vaya usted á la p... orra... señor Marqués*, y mientras lanza tan violento apóstrofe, azota furioso contra el cancho, su escarapelado sombrero. Nosotros mudos de asombro un momento, estallamos sin poderlo remediar, en estrepitosa y mal reprimida carcajada. La batida había terminado definitivamente, y todos recogiendo nuestras armas y efectos, nos pusimos en marcha para el lugar prefijado como punto de reunión. Emprendíamos de nuevo la penosa subida, tristes, contrariados, preocupados y hasta cansados, cansados sí, aunque parezca paradoja (después de haber permanecido sentados tantas horas) pero con ese cansancio moral, con ese abatimiento, con esa depresión, que dejan las emociones fuertes y continuadas, sobre todo cuando han sido desagradables; preocupados, porque á ninguno podía ocultársenos, que después de lo ocurrido y dada la forma en que había terminado la batida, ésta tenía que tener un epílogo y un epílogo desagradable; tristes y contrariados, porque no era aquél ciertamente, el desenlace que habíamos soñado para la mancha de aquella mañana; el resultado había sido completamente contrario á nuestros deseos, esperanzas é ilusiones, y luego; ¡aquel trágico-cómico cuadro final! ¡Aquel... vaya usted á la p... orra señor Marqués!

MANUEL DE IGUAL

(Continuará.)



## Una excursión cinegética al vedado

En el año 19..., siendo el que suscribe arrendatario de la caza de la dehesa X..., tuvo la suerte de poder conquistar la voluntad de unos cuantos amigos para que tomasen su correspondiente acción, y entre ellos había uno muy querido por mí y que con su amistad me sigo honrando.

Una espléndida mañana del mes de Octubre surgió en mí la buena idea de pasar el día en el vedado, para lo cual preparé mi indumentaria y con los minutos contados llegué á la estación de salida, donde tomé el tren en el momento de arrancar.

Hice el viaje, y al llegar al vedado vi con gran satisfacción que se encontraban en él, cazando desde el día anterior, dos socios, uno de los cuales era el amigo á que antes me referí.

Se cambiaron los saludos correspondientes, y comenzamos la cacería, dispuestos á traernos hasta la última cría que hubiese en el vedado, puesto que nos sentíamos aquel día tiradores infalibles, sobre todo el que tiene el honor de dirigiros esta modestísima crónica.

Puestos *en mano*, demostré mi habilidad de diestro tirador, hice veintiséis disparos á otras tantas piezas de pluma y pelo, no pudiendo cobrar más que dos, teniendo que agradecer una de ellas á un perro del guarda, y que por cierto al recogerla del suelo tuve la curiosidad de mirar dónde pudiera tener el tiro, sin conseguirlo; al contrario, me convencí tristemente de que no la había tocado nn solo perdigón. Esto me hizo sospechar que aquella pieza debió morir de miedo, quedándome la duda de si á la otra, que cobré, le habría sucedido lo propio.

Como se aproximaba la hora de comer, todos los expedicionarios regresamos á la casa. Terminada la comida, volvimos á reanudar la cacería, separándome inconscientemente de la *mano* de mi amigo, que iba acompañado de uno de los socios.

Llegó la hora del regreso y toqué mi bocina, y aunque algo distantes mis compañeros, contestaron en seguida; pero ¡cuál no sería nuestro asombro al ver á mi amigo que venía cojeando!

Supuse que algo grave le había ocurrido y salí á su encuentro, y, en efecto, no podía dar un paso con el pie izquierdo.

«¿Qué te ha pasado?» le pregunté. «Nada, no asustarse; creo que me he dislocado un pie.»

Inmediatamente se ordenó que fuesen en busca de una borrica, donde se le puso á caballo, no sin exhalar varios quejidos; pero al fin se le colocó y emprendimos nuestra marcha hacia la estación, pues la hora de partir el tren estaba muy próxima y no había tiempo que perder.

Como el vedado de que se trata es quebrado, teníamos que subir y bajar *repechos*, y *aquí fue Troya*; mi pobre y doliente amigo, que todo le molestaba, no cesaba de decir: «¡Por Dios, id poco á poco, que me matáis!»

La caravana, compuesta de otros tres compañeros y el guarda, veníamos á ambos lados de la borrica, sujetándolo para evitar todo movimiento.

Pero nada era suficiente; nuestro apuro era grande por el contratiempo ocurrido á nuestro compañero y la hora del tren se acercaba, quedando pocos minutos. ¿Cómo perder el tren y llevar aquel hombre al pueblo más próximo? Además era imposible arrear la



bestia; pues aumentaba el movimiento y con él los dolores. «¡Paren, paren, que me muero; tenedme, que me caigo!» repetía, y teníamos que hacer alto, para colocarlo en otra postura y continuar la marcha.

Conseguimos, al fin, llegar á la estación minutos antes de la salida del tren; procedimos á colocarlo en el coche, empleando todo el cuidado posible, haciendo con nuestro equipaje un mullido asiento, con el fin de que viniese lo más cómodo posible.

Hechas todas estas operaciones, tomamos asiento, empezando á relatar y comentar el desgraciado suceso.

Cuando más distraídos estábamos comentando lo ocurrido, el doliente se puso en pie sobre uno de los asientos, comenzando á bailar toda clase de bailes, desde el más rudimentario *tango* á las más difíciles sevillanas, pasando por todos los bailes intermedios.

No se puede explicar lo que pasó por nosotros en aquel momento; lo que sí puedo asegurar es que nadie articuló palabra hasta que, transcurrieron unos minutos, los suficientes sin duda para que nos diéramos cuenta de la bromita de nuestro buen amigo, que aunque fué algo pesada, no se la tomamos en consideración, y por fin llegábamos á la estación de destino tan divertidos que, si no nos avisan, ni por lo más remoto pensábamos en que pudiéramos llegar al término de nuestra alegre y accidentada excursión.

LUCILO RAMÍREZ



### Ley, Reglamento y disposiciones vigentes sobre Pesca Fluvial

Folleto publicado por la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España*. Edición autorizada de Real orden por el Ministerio de Fomento, y que contiene la Ley, el Reglamento y todas las disposiciones vigentes sobre PESCA FLUVIAL, en un volumen de bolsillo que se expende en el domicilio social, Bolsa, 10, segundo, al precio de 50 céntimos de peseta cada ejemplar.

Los suscriptores de CAZA Y PESCA y nuestros asociados que se hallen al corriente del pago de suscripción ó cuota social podrán adquirir dicho folleto con un 50 por 100 de rebaja, ó sea á 25 céntimos de peseta.

Rebaja convencional en los pedidos al por mayor.

## NOTICIAS

*Legislación de caza, pesca y uso de armas.* Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

★

En Valladolid ha fallecido el conocido fabricante de galletas para alimentación de perros D. Cesáreo del Muro, particular amigo nuestro, á cuya familia enviamos nuestro más sentido pésame.

Mientras se constituye la nueva razón social, ha quedado al frente de todas las operaciones de la fábrica D. Julián Parelo.

★

El Sr. D. Rafael Sanjaume, entusiasta aficionado á la caza, á la cual rinde verdadero culto, se halla desde hace días enfermo de algún cuidado.

Mucho lo sentimos y hacemos fervientes votos por que recobre la salud.

★

Víctima de rápida enfermedad, ha fallecido en esta corte la Sra. D.<sup>a</sup> Concepción de la Lama (q. e. p. d.), esposa de nuestro querido amigo y consocio el Sr. D. Joaquín de la Lama, á quien acompañamos de todo corazón en su inmenso dolor, deseándole resignación y consuelo.



## CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea ó inserción es de 75 céntimos.







# FOOT-BALL

CAMPEONATO DE ESPAÑA  
DE  
FOOTBALL ASSOCIATION

PREMIO:  
COPA DE PLATA DE  
S. M. EL REY

Bases especiales  
para 1912. Décimo año.

Campeón de 1902.—Athletic Club de Bilbao.  
Idem de 1904.—Athletic Club de Bilbao.  
Idem de 1905.—Madrid Football Club.  
Idem de 1906.—Madrid Football Club.  
Idem de 1907.—Madrid Football Club.  
Idem de 1908.—Madrid Football Club.  
Idem de 1909.—Club Ciclista de San Sebastián.

Idem de 1910.—Athletic Club de Bilbao y  
Barcelona Football Club.

Idem de 1911.—Athletic Club de Bilbao.

Artículo 1.º Podrán tomar parte en este Campeonato todos los Clubs de España que se encuentren federados al hacer la inscripción y que se hallen al corriente en sus pagos con la Federación.

Art. 2.º Las inscripciones se efectuarán por carta certificada, firmada por el Presidente y Secretario de cada Club y dirigida al Presidente de la Federación antes del 15 de Febrero próximo. El plazo de inscripción terminará sin prórroga alguna dicho día á las doce de la noche.

Art. 3.º Rige el de las Bases generales.

Art. 4.º Idem ídem.

Art. 5.º La Junta directiva de la Federación se reunirá inmediatamente después de cerrado el plazo de inscripción, para examinar las que se hayan presentado, y el Secretario dará cuenta á cada Club del resultado de esta reunión, indicando detalladamente los nombres de los Clubs y su residencia y los *referées* y delegados nombrados por los mismos.

Art. 6.º Rige el de las Bases generales.

Art. 7.º Idem ídem.

Art. 8.º Idem ídem.

Art. 9.º Idem ídem.

Art. 10. Idem ídem.

Art. 11. Rige el de las Bases generales, añadiéndole: «Se jugará por eliminatorias en todos los casos en que tengan que jugar más de tres Clubs, ya sea en una localidad, en una provincia ó al celebrarse las finales».

Art. 12. El Campeonato de España de 1912 se verificará, teniendo muy en cuenta el artículo anterior, jugando entre sí los Clubs de cada localidad, y el que obtenga el mayor número de puntos ó resulte vencedor en las eliminatorias, representará á aquélla en los partidos provinciales. Á continuación jugarán los Clubs vencedores de las localidades de cada provincia, y el que resulte vencedor podrá asistir á tomar parte en las finales en el punto donde se celebren.

Art. 13. Anulado el de las Bases generales.

Art. 14. Idem ídem.

Art. 15. Idem ídem.

Art. 16. Los delegados nombrados por cada Club formarán en cada localidad una Junta-Jurado, que organizará los partidos locales y que tendrá las atribuciones que se indican en este Reglamento. Para los partidos provinciales esta Junta-Jurado la constituirán los delegados de los Clubs vencedores en cada localidad.

Para los partidos finales se constituirá una Junta-Jurado compuesta por los delegados de todos los Clubs que concurren y dos individuos nombrados por la Junta directiva de la Federación.

Art. 17. Rige el de las Bases generales.

Art. 18. Idem ídem.

Art. 19. Los partidos locales y provinciales se verificarán en donde designen de común acuerdo los dos Clubs contendientes. De no existir este acuerdo, la Junta-Jurado respectiva lo designará por sorteo.

(Continuará.)